

JUAN DE ARESPACOHAGA *Economista, ingeniero, empresario y político **

JOSÉ GONZÁLEZ PAZ

Antes de empezar a glosar la singular figura del Dr. Académico Juan de Arespacochaga, recientemente fallecido, quiero expresar mi agradecimiento, a la Sección de Economía y a la Junta de Gobierno de esta docta Corporación, por el honor que me han concedido al designarme para la grata tarea que se me ha encomendado. Grata, porque me ha hecho recordar, las vivencias comunes que me unen, en el recuerdo, a quien fuera, sobre todo, mi mentor y mi amigo a lo largo de casi medio siglo, en que nuestras vidas profesionales caminaron tantas veces al unísono, como tendré ocasión de ir recordando.

Juan de Arespacochaga nació en Madrid el 27 de enero de 1920 y cuando le conocí en 1948 o 1949 ya era **licenciado en ciencias económicas**, formando parte de la primera promoción salida de la nueva Facultad, que incorporaba la ciencia económica a las tradicionales titulaciones universitarias. Pero era también **ingeniero de caminos canales y puertos** desde 1945 y había alcanzado, en nuestra guerra civil, el grado de **alférez provisional**, empleo (como se dice en el lenguaje castrense) del que siempre se sintió orgulloso, incluso en épocas de cambios y mudanzas que a tantos afectaron.

No sólo simultaneó los estudios de ingeniería y economía, tras el bache de la guerra, sino que su espíritu emprendedor le hizo crear un centro docente, por correspondencia, para preparar al ingreso, en la **Academia de transformación de suboficiales**, a aquellos ex-combatientes que quisieran orientar su futuro hacia la carrera militar.

Nuestro mutuo conocimiento se debió una visita técnica que hicimos los alumnos de mi curso en Caminos a la experimentación que Juan llevaba a cabo en la ataguía del embalse del Vado, con relación al comportamiento de un nuevo tipo de presa, ideado por el ingeniero de caminos Alfonso Peña Boeuf, que fuera el primer Ministro de Obras Públicas en los gobiernos de Franco. Juan trabajaba entonces como ingeniero de la Confederación Hidrográfica del Tajo.

De su independencia y rigor técnico da buena prueba el hecho de que su dictamen fue decisivo a la hora de desestimar la viabilidad de la «solución Peña», nacida a partir de una singular acomodación de la realidad a un método de cálculo conocido y sen-

* Conferencia pronunciada el 8-3-2000.

cillo; olvidando que, en la historia de la humanidad, se han realizado construcciones que responden a un concepto de arte anterior a la ciencia. Recuérdesse si no la majestuosa cúpula de la basílica de San Pedro en el Vaticano.

Pues bien, dada la dificultad de cálculo que suponía la obtención de las tensiones de trabajo del hormigón en una presa bóveda, puesto que la misma funciona, al mismo tiempo, como un conjunto de rebanadas verticales o ménsulas empotrada en el terreno en que se cimientan y otro conjunto de arcos horizontales encastrados en las laderas que limitan la presa, la «solución Peña» suprimía el efecto ménsula al cortar físicamente, en rebanadas horizontales, el macizo de hormigón, disponiendo juntas estancas entre las distintas rebanadas. Estas debían, al mismo tiempo, permitir la libre deformación de cada una por efecto de la presión del agua embalsada, sin verse afectado por las deformaciones de las rebanadas contiguas.

Se perdía así toda la capacidad resistente del efecto ménsula, pero se evitaba el engorroso proceso de cálculo, basado en igualar las deformaciones arco-ménsula en cada punto de la presa. Tal solución no podía, por menos, de repugnar tanto al ingeniero como al economista que ya anidaban en la mente de Juan. Pero seguro que no fue tarea fácil desmontar el sueño de uno de los primeros y mejores especialistas en cálculo de estructuras y en hormigón armado, como era Alfonso Peña; que, como ministro, había sacado adelante y construido, con absoluto éxito, el famoso acueducto de Tardienta, pese al dictamen desfavorable del Consejo de Obras Públicas, con relación al proyecto técnico de Alfonso Peña, ingeniero. Pero esta vez él tenía razón respecto al método de cálculo.

Volviendo a la senda y resistiendo a la explicación del contraejemplo, tenemos a Juan de Arespachoga formando parte del selecto grupo de las primeras promociones de economistas, que integraba a muchos titulados superiores en otras especialidades que, en buena parte, se enamoraron de su nueva profesión y fueron capaces de dar lustre a algo que nació entre recelos y oposiciones. Recelos, porque hace 50 años la sociedad española no encontraba elegante hablar del dinero. Oposiciones, porque ya existía una carrera de comercio y unas escuelas «ad hoc», que veían peligrar su status académico y profesional.

Esas primeras promociones (a las que me honro en pertenecer) realizaron una labor ingente de divulgación de los conocimientos económicos, que nunca se les agradecerá bastante. Al tiempo que reñían batallas de competencias para hacerse con un hueco en la sociedad, unían sus esfuerzos en la Asociación Española de Economistas y colaboraban en revistas especializadas en economía con trabajos pioneros. La firma de Juan de Arespachoga está en numerosas colaboraciones publicadas, entre otras, por las revistas Balance, De economía, Revista de Economía Política, etc.

Por aquella época, todos estábamos ciertamente deslumbrados por las doctrinas keynesianas y por la planificación económica. Juan había sido un adelantado en ambos aspectos. Ya en los años 50 había publicado su obra titulada **El multiplicador económico en las obras de riego**, estudiando, in situ, los efectos económicos en una zona de riego concreta de la cuenca del Tajo. Había logrado introducir a los ingenieros de caminos el virus de la ciencia económica y para él se creó en la Confederación Hidrográfica del Tajo una Secretaría de Estudios Económicos. Y en el Ministerio de Obras Públicas empezaba a soplar un viento favorable a los análisis económicos en las inversiones públicas.

Cuando a principios del verano pasado, en una comida con Juan de Arespacochaga y sus colaboradores más directos de su época de **alcalde de Madrid**, yo le recordaba que todos los economistas, de jóvenes, habíamos sido keynesianos, él me replicó que lo seguía siendo.

Respecto a la planificación, Juan de Arespacochaga fue uno de los pioneros, colaborando ya en los primeros estudios de Antonio Robert y en los Estudios Hispánicos de Desarrollo, de la época de Sánchez Bella en Cultura Hispánica y de Ramón Hermida posteriormente. Ya, para entonces, yo le acompañaba en muchos de sus empeños intelectuales, que eran variados y multiformes, porque la característica principal de Juan de Arespacochaga era su inquietud, unida a una desbordante actividad. Era, sobre todo, un luchador.

Quienes escuchan hoy una y otra vez las excelencias del aceite de oliva y de la cocina mediterránea ignoran, seguramente, que, en los años 50, nuestro aceite por antonomasia fue atacado furiosamente, como poco saludable, en comparación con otros aceites vegetales (soja, maíz, girasol, colza, etcétera). Pues allí estuvo Juan organizando su defensa en el Consejo Oleícola Internacional, apoyando a los olivares con estudios socioeconómicos, encargando informes médico-sanitarios, movilizándolo en el seno de una **Oficina del Aceite**, creada ad hoc junto con el ingeniero agrónomo Patac.

Sin embargo, supo ver también que el aceite de oliva era, por esencia, un **aceite noble**, y que había lugar para los aceites de semillas. Su actuación, respecto a ellos, fue en esta ocasión como empresario, unido a una importante empresa española de importación y de comestibles al por mayor. Salvando las distancias, yo diría que también supo ser ricardiano desde muy temprano, porque David Ricardo, el gran economista, supo labrarse una fortuna en la Bolsa de Londres. Juan no empezó en la bolsa sino abriendo mercado, primero, a la importación de aceite de soja, discutiendo su escándallo con la Comisaría de Abastecimientos y Transportes y más concretamente con nuestro común amigo Pepe García Andoain (también economista) y estableciendo posteriormente en la zona franca de Cádiz una terminal para la importación, primero, de aceite a granel y, después, de habas de soja. (Hay que recordar que entonces la mayoría de los precios eran precios tasados.)

No creo conocer todas las actividades de Juan de Arespacochaga en los años 50 porque estas eran muy diversas y no todas fructificaron de igual forma. Me ceñiré pues, especialmente, a las intelectuales, puesto que es en este campo donde más coincidí con él a lo largo de los años.

En España se había creado un Instituto de Racionalización del Trabajo en el que trabajaban, entre otros, José Castañeda y Fermín de la Sierra, con quien tuve el honor de colaborar como becario en mi época de estudiante. Hacía furor entonces en España la aplicación de los métodos de **estudio de tiempos y movimientos**, en búsqueda de una mayor eficiencia en la organización de la producción y en el rendimiento del trabajo, a partir de los estudios de Gilberth y otros investigadores. Era un campo dominado claramente por la organización Bedaux, que acogiera a tantos ingenieros y economistas en los primeros años de ejercicio profesional, haciéndoles vivir la práctica de fábricas y talleres. Juan de Arespacochaga también entró en el campo de la organización con su empresa Meeting en la que su hermano Miguel, también economista,

llevaba el día a día bajo la batuta de Juan. Tuve ocasión de conocer bastante su empeño, que iba desde la racionalización administrativa (formularios para la correspondencia comercial, por ejemplo) a la organización industrial en su conjunto, pasando por la realización de cursillos y conferencias. Cuando se lograba un contrato de asistencia técnica, allí estábamos dispuestos los colaboradores de costumbre.

1957 (si no recuerdo mal) fue el año decisivo para que nuestros caminos se entrelazaran más estrechamente. A la vuelta del verano se había producido una verdadera revolución en la organización administrativa del Estado, originada por López Rodó y su reforma administrativa. Como paso previo a las tareas planificadoras, que vendrían después, se creaban en los ministerios las Secretarías Generales Técnicas. En **Obras Públicas**, con Vigón como ministro, fue nombrado Secretario General Técnico el ingeniero de caminos Aníbal Carral, que llamó a Arespachoga para organizar el área económica. Juan me llamó para preguntarme si quería trabajar con él. Aunque yo trabajaba entonces como Jefe de Estudios y Proyectos de Constructora Internacional S.A. (ha tiempo fenecida), la respuesta fue rápida y afirmativa. Y así empezó una relación más estrecha, cuyos primeros meses transcurrieron en un reducido despacho de lo que hoy es Ministerio de Agricultura, hasta que después nos trasladamos a los Nuevos Ministerios, aún sin terminar para entonces.

Lo que hoy llamaríamos **núcleo duro**, transformado ciertamente en **núcleo germinal** del Servicio de Planificación y Estudios Económicos, bajo la gran batuta de Juan, estaba formado por mí mismo, ingeniero y economista como él, José Ignacio Uriol Salcedo ingeniero de caminos que enseguida se haría también economista, Pablo González Liberal, economista y único colaborador de Juan que puede disputarme la primacía en la relación mutua con él y finalmente Álvaro Retana, periodista e inquieto promotor de negocios novedosos.

Uriol ya había trabajado con nosotros en el estudio de la Cuenca del Segura, encargado a Juan por el Instituto de Asistencia Técnica del Sureste, y en la ponencia sobre Infraestructuras y Servicios del X Pleno del Consejo Económico Sindical Nacional, con el que olvidaba decir que colaboramos activamente como asesores externos. Ramón Hermida, primero, Pepe Isbert después, (ambos economistas) eran los responsables principales de nuestras colaboraciones, junto a otras personas, que es forzoso omitir en razón de la necesaria brevedad de mi discurso.

A partir de aquí la actividad de Juan de Arespachoga se multiplicaba y se disparaba. Con el apoyo del Servicio que dirigía organiza unas **Jornadas sobre evaluación económica de las obras públicas**; redactamos un voluminoso libro blanco sobre **El transporte en España** y otro titulado **Las Obras públicas en el Plan Nacional**, anticipo de lo que, constituirían los **Planes de Desarrollo Económico y Social** de los 60.

Pero el espíritu de Juan de Arespachoga difícilmente se sujetaba a la rutina burocrática del funcionario. Juan era un creador de sueños, un explorador de nuevos caminos, un luchador en todos los frentes. Entendía la ciencia económica como herramienta para la praxis, pero no la descuidaba. Ahí está, para el investigador erudito, su labor en el **Centro de Estudios Económicos de Investigación y Síntesis**, dependiente del INI, adonde también me llevó y en el que recuerdo la figura entrañable de Joaquín Cabeza de Vaca. Allí publicamos Juan Plaza Prieto y yo, por encargo de

Juan, la obra **Regiones Económicas Españolas**, hoy todo un clásico en la ciencia de la economía regional.

Seguramente olvidaré muchos trazos que definirían mejor al doctor académico cuya memoria hoy honramos, pero, antes de que se me olvide, recordaré los que más le ligan a la ciencia económica: obtuvo en 1955 el premio **Jerónimo Ustariz** del Colegio Nacional de Economistas y en 1964 el premio Rafael Díez Llanos del mismo Colegio.

Al final de los 50 ya era consejero de Renfe y de alguna empresa del INI, pero también era Director General de ARPEMAGA, una empresa constructora de corta vida; introducía en España las patentes CTESIPHON para la construcción de bóvedas antifuniculares, dirigía la **Inmobiliaria Carabanchel**, casi inventa los **Fondos de Inversión**, con su intento de creación de una sociedad (Acometividad Económica Española), que era, en esencia, una pura sociedad de cartera, cuyas acciones se intercambiarían por los títulos de sociedades diversas que le cedieran los particulares.

Una y otra vez, Juan de Arespacochaga hacía incursiones en el mundo de los negocios, pero no es éste el momento más adecuado para recordarlo, ni seguramente yo la persona idónea. Alcanzó la cima perseguida, ya en los años 60, con su creación de RENTA INMOBILIARIA y sus cuentas en participación. Quienes estén interesados en conocer más a fondo esa faceta suya encontrarán información suficiente en su obra **Cartas a mis capitanes**, que recoge recuerdos de su vida y afanes y que dedica a sus nietos, para los que él fue siempre su **coronel**; incluso antes de ser nombrado coronel honorario de ferrocarriles durante su paso por el consejo de Renfe. Y vestido de coronel y rodeado de sus concejales y delegados de servicio en el Ayuntamiento de Madrid presenció, desde la tribuna oficial, el último Desfile de la Victoria en abril de 1976. Pero ésta es otra historia a la que ya llegaremos.

Todavía en los años 50, Juan dirigió diversos estudios regionales para el desarrollo económico de diversas provincias y entre ellas Albacete, Guadalajara y en especial Málaga. Especial por cuanto este último le abriría un nuevo horizonte: el de la política.

Posiblemente algunos de Vds puedan pensar que he condensado en una década trabajos y afanes que corresponden a toda una vida, pero les aseguro que no es así y puedo afirmar que el caso de Juan de Arespacochaga, que pudiéramos designar como de **multipluriempleo** de su tiempo activo, no es excepcional aun cuando sea relevante. Quienes hoy afirman que **el trabajo es escaso y que hay que repartirlo**, ignoran que el desarrollo económico entre los años 50 y 75 se hizo por el esfuerzo de quienes se pluriempleaban a lo largo y ancho de nuestra geografía. Hoy hay toda una generación que, con su trabajo, construyó la base económica, sobre la que luego se pudo cimentar firmemente el desarrollo social y finalmente el desarrollo político. Nunca se le agradecerá suficientemente su epopeya de superación y de cambio.

Al principio de los 60 Juan escaló nuevas cimas profesionales. Su especialización en **economía de las obras públicas** le llevó al **Consejo de Obras Públicas**, es decir a lo más alto de su carrera como funcionario. Yo le sustituí en la Jefatura de Servicio de la Secretaría General Técnica. En octubre de 1962 logra alcanzar otro sueño: dar clase de economía en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales

y Puertos, como ayudante del profesor titular D. Federico Reparaz, que por más de veinte años había permanecido anclado en la obra de Cassel titulada **Economía social teórica**, como libro de texto.

Su paso por dicho puesto fue fugaz en extremo, porque en el mismo mes la reestructuración gubernamental había llevado a Manuel Fraga a la cartera de Información y Turismo y a Antonio García Rodríguez Acosta a la Subsecretaría de Turismo. Sucedió que este último estaba de Gobernador Civil de Málaga cuando Juan y su equipo hicimos el Plan de Desarrollo Provincial, del que antes dí noticia; y conocedor del empuje y creatividad de Arespacochaga le propuso como Director General de Promoción del Turismo. Su nombramiento le hizo dejar la Escuela, pero no queriendo olvidar su convencimiento de la necesidad de actualizar y mejorar las enseñanzas económicas en la misma logró de Reparaz que fuera yo mismo quien le sustituyera como adjunto y así se hizo.

Como pueden ver a lo largo de mi discurso, mi deuda de gratitud con Juan de Arespacochaga es infinita y su confianza en mí fue absoluta a lo largo de medio siglo en que estuvimos relacionados. Mientras él iniciaba el camino de la política, a mí me situaba en la senda de la enseñanza de la economía, que yo me encargaría de ensanchar a lo largo de 36 años de mi vida, transformándola de **enseñanza especial**, en **cátedra**, y siendo yo mismo **catedrático por oposición** hasta mi jubilación en. 1998.

Pero hay más, Juan de Arespacochaga, el amigo y tantas veces maestro, me llamó a la vez para desempeñar la Jefatura del Gabinete de Estudios de su flamante Dirección General, puesto que ocupé, en jornada de tarde, sin abandonar mis trabajos en Obras Públicas y mis funciones de colaboración con la Presidencia del Gobierno: primero en la OCYPE (Oficina de Coordinación y Programación Económica), luego en Planes Provinciales y finalmente en la Comisaría del Plan de Desarrollo.

Hoy, echando la vista atrás, quiero proclamar, en homenaje al Académico fallecido, que este discurso está hecho desde la amistad y la gratitud y por ello pido perdón porque mi propia peripecia personal salga tantas veces a la luz. Pero, al menos para mí, la semblanza de Juan no sabría hacerla desde otra perspectiva.

Con la reorganización del Ministerio de Información y Turismo en 1968 se suprimió la Subsecretaría del Turismo (¡por una política de ahorro!). El Gabinete de Estudios, había pasado a depender directamente de la Subsecretaría, al haber tomado a su cargo la redacción y secretaría del I y II Planes de Desarrollo en el sector turismo, la dirección de los trabajos sobre Centros y Zonas de Interés Turístico, y sobre Estaciones Invernales, aparte de otras tareas varias como el informe mensual sobre el turismo (creación de Juan). Siempre en aspectos de promoción; y, por lo tanto, el cambio en el organigrama en nada afectó a nuestra relación mutua.

Juan, que ya era miembro número de la AIEST (Asociación Internacional de Expertos Científicos de Turismo) y luego sería Presidente de la Academia Internacional de Turismo, con sede en Mónaco, cesó como Director General y su puesto fué ocupado por el hasta entonces Subsecretario. Juan fue nombrado Presidente de la Empresa Nacional de Turismo (Entursa), donde sustituyó a Adolfo Suárez. Pero Juan seguía siendo (y lo fué hasta el final) «hombre de Fraga». Yo dimití a finales de 1969 tras la crisis política que llevó a Sánchez Bella al Ministerio y a mi amigo, y en tiempos

mi jefe en Planes Provinciales, José María Hernández Sampelayo a la Subsecretaría única del Departamento.

Centrado yo en el Ministerio de Obras Públicas y en la Escuela se cerraba, así, de momento, un período de apasionante colaboración con Juan. Recuerdo con nostalgia los años en que tuve el honor de participar con él en lo que alguna vez se ha llamado «La invención del turismo en España». Tal empeño no había impedido, sin embargo que con su sociedad Meeting (luego Duero-Meeting, S.A.) realizáramos, como única consultora española, el estudio para la localización de un polo de promoción en el este y sur de Castilla la Vieja, que finalmente, por presiones políticas, cuajó en el polo de Burgos. Estudio encargado por la Comisaría del Plan de Desarrollo.

El 5 de mayo de 1964 Juan ingresaba en esta Real Academia, con un discurso sobre el turismo. Yo tuve la suerte de seguir, de nuevo, sus pasos y lo hacía el 18 de junio siguiente, con un discurso sobre el desarrollo regional. Nuestro siguiente encuentro, tras la aventura turística, se produce cuando Juan de Arespachoga es nombrado alcalde de Madrid en 1976. Yo no estaba administrativamente cómodo en mi Ministerio de Obras Públicas y acogiéndome al status de «excedencia especial» reanudé mi colaboración con Juan, al nombrarme éste Delegado de Obras y Servicios. Estuve a su lado todo el tiempo que fue Alcalde. Dimití cuando cesó, pero le sigo debiendo los veintidós meses quizás más apasionantes de mi vida.

De su paso por la alcaldía diré muy poco, porque él ya supo recogerlo ampliamente en su obra *ALCALDE SÓLO*; pero sí proclamo que no se ha hecho justicia a la aportación de aquel Ayuntamiento, y sobre todo de su Alcalde, a la pacífica transición a la democracia. Fuimos, en todo ese periodo, el frontón en que se entrenaban las nacientes libertades cívicas. Supimos resistir —y él el que más—, a los ataques y asechanzas de las Asociaciones de Vecinos, a la demagogia del Padre Llanos, y sus acólitos y corifeos, a la campaña a favor de la supresión de las fiestas navideñas (en 1966), a las huelgas de la EMT y de los bomberos, etcétera etcétera.

Arespachoga, además de Alcalde, era entonces Senador, por designación real; pero luego lo sería, y por dos veces, por elección y llegaría a Vicepresidente del Senado. No abandonó, por tanto, la política y asumió con elegancia su decisión de renunciar a la Alcaldía (renuncia pedida por quién podía hacerlo) y su decepción por no ser designado embajador en México, compensación que le había sido ofrecida y de la que más de uno de sus colaboradores no creíamos que llegara a cuajar, una vez que la UCD lograra su objetivo de ocupar la Alcaldía de la capital del reino.

Durante los años que siguieron hasta su muerte y tras la renovación de la vieja guardia de Fraga en el seno del Partido Popular, Juan dejó la política activa, pero no sus inquietudes políticas, libremente expresadas en las comidas que periódicamente teníamos con él sus antiguos Delegados de Servicios. Nunca había en sus palabras nostalgia del pasado, sino empeños de futuro. Padre de familia numerosa, siempre ejerció de patriarca de sus hijos y yernos y llevó su magisterio hasta sus nietos.

Pero seguía siendo un hombre de empresa. Había tenido la consultora, una empresa constructora, una inmobiliaria. Había sido consejero de Nuevo Banco, socio de Max Mazim y hasta propietario y explotador de un restaurante (El Cachirulo). Sin duda olvidaré reseñar muchos de los empeños que acometió hasta su anclaje final en los

negocios financieros. Que ahora recuerde había sido también Presidente de la Asociación Española de la Carretera y de la Asociación de Ingenieros de Caminos Canales y Puertos.

Yo diría que fue un hombre del Renacimiento; científico y práctico al mismo tiempo. Con dos doctorados a las espaldas, coleccionista de arte, marchante y tantas otras cosas que alguno sabrá mejor que yo.

Mis palabras, y con ello termino, no son tan siquiera, una biografía apresurada; son mis recuerdos del amigo y mentor (como ya dije); son mi homenaje personal que, en nombre de esta Real Academia, y «ex abundantia cordis» ofrezco, con lágrimas en los ojos, a su viuda, a Marta; con mi afecto de siempre, a sus hijos y a sus nietos.

Hasta pronto, Juan.